

## CONFERENCIA XXVI

EL FIN

1. **La carrera del mundo y su recompensa.**—Para ofrecer un ejemplo de dicha terrestre y de grandeza humana, aquella Edad Media, tan ingeniosa, escogió preferentemente á Alejandro el Grande. Aquí, la poesía estaba en armonía con la historia, pero con la diferencia de que heroseaba á su manera la leyenda que explotaba. Así fué como, entre otras cosas, hizo llegar al poderoso conquistador, durante su expedición á través del mundo, á un bosque encantador. Árboles gigantes, de tal modo entrelazaban sus ramas, que sólo algunos rayos perfumados de sol indicaban el día radiante que resplandecía sobre sus cimas. Pequeños arroyos corrían con dulce murmullo; el aire cargado de aromas acariciaba dulcemente las mejillas. En todas las ramas, oíase el canto de los pájaros, que despertaba los ecos del bosque y hablaba al corazón. Aquellos héroes estaban allí como embriagados. Extendíanse ante ellos millares de flores, tan grandes, tan bellas, como jamás habían visto otras semejantes. De resplandeciente blancura ó teñidas de púrpura, difundían un aroma maravilloso. De repente se abre un cáliz, luego otro; y de cada uno de ellos sale una hada blanca como la nieve y sonrosada como la aurora, tanto, que la tierra jamás ha visto otras semejantes. Y estos seres maravillosos salen constantemente en mayor número, danzan en coro ante los espectadores, ebrios de placer, y cantan sus dulces canciones. Y todos sus movimientos, y todas sus palabras, responden á su belleza sobrehumana.

Aquellos guerreros habituados á la victoria siéntense entonces heridos de estupor. ¡Allí acaban sus fuerzas, irresistibles hasta entonces á todos sus adversarios! ¡Allí acaba su orgullo, que todo lo pisoteaba! ¡En un abrir y cerrar de ojos, han olvidado que tienen ante sí un mundo para conquistar! <sup>(1)</sup> ¡Adiós, gloria, mundo; adiós, honor y conciencia! ¡Todos van á entregarse á la alegría, á los goces, hasta morir, sí, hasta morir! ¡Cómo todo esto se ha realizado prontamente y á la letra! <sup>(2)</sup> Aquellas hadas, cuyo simple aspecto había cautivado á aquellos hombres de hierro, no tenían una vida más larga que todo lo que es seductor. Sólo florecían á la sombra; <sup>(3)</sup> apenas las tocaba un rayo de sol, cuando quedaban ajadas; tres meses y doce días tardó en morir la última. Llenas de encantos en un semidía crepuscular, volvían á su nada, desde que la luz viva las tocaba.

«¡Cuán deprisa pasa el tiempo!, con él huye la alegría. Murieron todas las flores, y también las hermosas hadas. Los árboles quedaron despojados de sus hojas; secáronse todas las fuentes, y los pajarillos cesaron de cantar.» <sup>(4)</sup>

¡Tal es el mundo y tal su recompensa! Millones de personas han visto esto; no es necesario recurrir á leyendas é imágenes. Los servidores del mundo son los que mejor saben lo que quiere decir engolfarse en alegres esperanzas, y acabar de repente en un tormento súbito: pagar un momento de engañadora lisonja con amargos reproches del corazón y con las burlas de aquel que los llenó de ilusiones. La dicha y el contento les parecen inconciliables de ordinario; cuanto más penosa es su adquisición, más dulce es el goce, más doloroso el fin.

Esta fuente ha proporcionado siempre á los poetas quejas sin fin sobre la manera como el mundo recompensa á sus servidores, el mundo, cuyo amor muestra la puerta á sus

(1) Lamprecht, *Alexanderlied* (Weissmann), 5004.

(2) *Ibid.*, 5136.

(3) *Ibid.*, 5179.

(4) *Ibid.*, 5188-5194. Cf. *Warnung*, 1911 y sig.

devotos más fieles, y cuya ingratitud é infidelidad vela en todos los caminos. En nombre de todos, canta Walther de Vogelweide:

«Me he entregado al mundo, le he servido, y voluntariamente le hubiera servido aun más. Pero ¡ay! ¡cuán poco agradecido es! ¡Ah!, lo comprendo muy bien, siquiera sea en parte!»<sup>(1)</sup>

Sólo en parte lo comprende,—suspira el poeta.—Poco es, pero es ya demasiada infidelidad para él. Es una desgracia que sólo lo comprendan á medias los pobres engañados. De aquí que esto continúe sin cesar, de generación en generación, de siglo en siglo. Siempre esos suspiros, esos descontentos, esas rupturas y esas críticas, para volver á empezar de nuevo con quejas lánguidas, con súplicas; después, una nueva servidumbre más indigna y malos tratamientos más excesivos, hasta el fin de la vida. Y entonces viene la última confesión:

«Ahora veo cuánto tiempo he andado errante, sin guía, privado de toda alegría. Esta corta palabra *alegría*, es para mí como un sueño. El arrepentimiento cae con todo su peso sobre mí.»<sup>(2)</sup>

Y con el testamento de la desolación,

«Huye, ¡oh placer!, pues me consumes torturándome; huye, ¡oh esperanza!, pues jamás eres para mí una realidad»,<sup>(3)</sup>

se van, como lo dice el poeta favorito, *in æternum exilium*,<sup>(4)</sup> en eterno destierro. Estaban engañados y permanecen engañados.

**2. La educación de la humanidad en la Antigua Alianza y su recompensa.**—He aquí otro ejército, el formado por el pueblo escogido, cuando abandonaba á Egipto, dirigido por Moisés.

No se trataba aquí de espada, de bien, ni de dicha terrestre; nada de dominación sobre los pueblos, sino de

(1) Walther von der Vogelweide, 61, 8 y sig. (Pfeiffer).

(2) *Parzival*, 460, 28 y sig. (Bartsch, 9, 848 y sig.).

(3) *Anthologia Palatina*, 7, 420.—(4) Horat., *Carmen*, 2, 3, 27, 28.

un bien, sólo conocido en el antiguo mundo por aquella reducida y despreciada tropa de los hijos de Israel: la libertad de conciencia. Buscaban un país, por pequeño que fuese, donde pudiesen servir libremente, sin que nadie los molestase, al Dios de su corazón, y donde pudiesen vivir según su fe. Con la vista fija en este fin, emigraron como un solo hombre en apretadas filas. Ni el mar ni el desierto fueron capaces de quebrantar su arrojo, y el terror se apoderó de sus enemigos, cuando vieron tan resuelto á aquel pequeño pueblo.<sup>(1)</sup> Sin duda que se habían burlado de aquel puñado de mendigos, que llevaba todo su haber sobre sus hombros, sin provisiones, sin armas, sin guía, siguiendo á una nube, y dirigiéndose hacia el desierto, hacia el mar. «¡Dejad marchar á esos fanáticos insensatos! No vale la pena de levantar un solo brazo contra ellos. Cuando desaparezcan la nube y el humo, en los cuales su fanatismo cree ver á Dios, el agua y la arena del desierto los meterán pronto en razón.» Sin duda que también los israelitas experimentaron en ocasiones sentimientos de debilidad, y se preguntaron si no era aquello una ilusión, si no eran insensatos engañados, si jamás podrían alcanzar el fin á que se dirigían. Pero cuando el mar se abrió ante ellos, cuando las aguas del Jordán formaron un muro, en vez de seguir su curso, cuando las murallas de las fortalezas cayeron por tierra en su presencia, aquellos mismos, que hacía un momento vacilaban, dudaban y reían, vieron que lo que percibían ante ellos en la oscuridad de la fe, y hacia lo cual habían encaminado todos sus esfuerzos, sometidos á largas pruebas, á una ansiosa esperanza, y á penosas luchas, era algo más que una vana ilusión. Lo que habían arriesgado era mucho, pero lo ganado era todavía más. Su debilidad era grande, pero más grande aún era su falta. Á pesar de esto, el arrepentimiento, la obediencia, la fidelidad al pacto concertado con Dios, compensaron con largueza todas sus fatigas. Cuando hubieron llegado al país de la Tierra Prometida, y conocieron sus riquezas, se aver-

(1) Exod., XV, 14 y sig.; Deut., XXVI, 8; Jos., II, 24; VI, 1.

gonzaron de sus dudas. Pero aquello era únicamente una bendición terrenal, porque la otra recompensa, la verdadera, les estaba todavía reservada. Sin embargo, los indemnizó ya ampliamente de todos los peligros que habían corrido, y confesaban con alegría ante el mundo entero: «No nos hemos engañado.»

**3. La educación del hombre nuevo por Cristo.**—He aquí otro movimiento completamente distinto de tropas, el que tuvo lugar á través del mundo, en los días en que reinó la paz por primera vez sobre la tierra entera, porque, agotada por la violencia y la efusión de sangre, había perdido la fuerza por la inquietud á que estaba acostumbrada.

Tratábase esta vez seriamente de someter toda la tierra, todos los pueblos y todos los hombres á un nuevo centro. El lanzarse á semejante empresa, era exponerse á grandes peligros, y esto en un momento en que el capricho de un amo podía obligar á toda la humanidad á comparecer ante sus sicarios, á dejarse contar y valorar. Ofrecer una lucha á aquel poder formidable, que disponía de dos escuadras, de un ejército permanente, que se elevaba por lo menos á veinticinco legiones,—¡y qué legiones! <sup>(1)</sup>—sin contar los medios extraordinarios de que podía disponer en caso de guerra, <sup>(2)</sup> á aquel poder ante el cual sucumbía cualquier otro que se levantase contra él, suponía una fuerza como, sin duda alguna, jamás podrá sostener la tierra otra igual.

Ahora bien, he aquí que no fué un rey, ni un general, ni un filósofo, el que emprendió esta empresa, sino que fué —¡cosa apenas creíble!— el hijo de un carpintero, <sup>(3)</sup> nacido en el rincón más despreciado de Judea, de aquella nación la más despreciada de las naciones. <sup>(4)</sup> Ni siquiera había estudiado en las escuelas las Santas Escrituras de su pue-

(1) Tacit., *Annal.*, IV, 5. Cf. Dio Cassius, 55, 23.

(2) Cæs., *Bell. civ.*, 3, 3. Liv. 21, 55; 42, 35. Plutarch., *Anton.*, 61, 1. Polybius, 3, 76, 4. Cf. Appian., *Rom. hist. præf.*, 10. Champagny, *Les Césars*,

(5) III, 343 y sig. Mommsen-Marquardt, *Röm. Alterthümer*, (2) V, 430 y s.

(3) Matth., XIII, 55.

(4) Joan., I, 46; VII, 41.

blo, <sup>(1)</sup> ni, con mayor razón aún, se había formado en el estudio de la filosofía profana. Hasta la edad de treinta años, manejó la sierra, <sup>(2)</sup> y, más tarde, vivió de los dones voluntarios de algunas mujeres piadosas. <sup>(3)</sup> En vez de un ejército de héroes que desafiases valerosamente la muerte, de sabios ó de oradores, cuya palabra poderosa pudiese poner en pie de guerra á todo un mundo, iba acompañado de doce hombres, pescadores y publicanos de Galilea, pobres como Él, sin defensa como Él, tímidos como niños; y apenas los hubo iniciado en los primeros rasgos fundamentales de un plan gigantesco, cuando los envió á un mundo que le era hostil, para hacerlos pronto capaces de realizar su empresa: la conquista del universo.

Pero ¡qué misión para semejante fin! Enviólos al mundo, no en filas apretadas como un ejército bien equipado, sino únicamente de dos en dos, sin armas, sin alforjas, sin calzado, sin pan, sin dinero, sin bastones. <sup>(4)</sup> ¿No era esto la negación de toda prudencia humana? ¿No quería decir esto á la letra, enviar á los Apóstoles como corderos en medio de los lobos?

Si se tratase aquí de planes humanos, y únicamente de medios terrestres, jamás empresa alguna humana hubiese sido comenzada con menos reflexión. Pero esta vez se trataba de otros fines. Para echar por tierra el antiguo orden de cosas, y formar un nuevo imperio del mundo, que no era de este mundo, <sup>(5)</sup> aunque debía fundarse en el mundo, se necesitaban dos cosas. En primer lugar, caracteres independientes, libres, activos por sí mismos. De aquí que los primeros representantes de la nueva humanidad, destinados á convertirse en testimonios de la verdad, debían ir hasta las extremidades de la tierra, <sup>(6)</sup> y, aunque rechazados, odiados, flagelados, conducidos á la muerte,

(1) Joan., VII, 15.—(2) Marc, VI, 3.

(3) Matth., XXVII, 55. Marc, XV, 41. Luc, VIII, 3.

(4) Matth., X, 1 y sig. Marc, VI, 7 y sig. Luc, X, 1 y sig.

(5) Joan., XVIII, 36.

(6) Luc, XXIV, 48. Act. Ap., I, 8; II, 32; III, 15; V, 32; X, 39, 41; XIII, 31; XXII, 15; XXVI, 16.

llevar el nombre de Jesucristo ante los reyes y los pueblos. <sup>(1)</sup> De aquí que—lo repetimos—los preparadores de la nueva vida debieron ser destetados á tiempo, para no ser siempre amamantados. Y debieron comprender en toda su importancia la gran frase que da al carácter del cristiano su último temple: «Os conviene á vosotros que yo me vaya.» <sup>(2)</sup>

Pero todavía tenían más necesidad de otro bien, sin el cual nadie podría aspirar á la fuerza de carácter, á la energía, al sacrificio: la confianza ilimitada en Dios y la adhesión completa á Él. Aunque el Señor sólo ha dado esta arma á un corto número, podía, no obstante, enviarlos al combate contra el mundo, pues estaba seguro de la victoria. Lo que en el tribunal de la prudencia puramente terrenal hubiera sido condenado como insensato, reviste el carácter de prudencia sobrehumana, cuando tiene por objeto una empresa sobrenatural, y, no obstante, humana, como lo es el Cristianismo. Y el éxito, que es la única prueba que tiene valor á los ojos de los hombres, justificó entonces, como siempre en sus descendientes, esta prudencia, desde luego no comprendida y desconocida. <sup>(3)</sup> En la medida en que los discípulos habían emprendido su primer viaje con el corazón afligido, volvían con el rostro alegre. «Cuando os envié sin bolsa, y sin alforja, y sin calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa?»—Y ellos respondieron: «Nada.» <sup>(4)</sup>—«¿Y ha habido algo que os haya podido resistir?»—«Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre.» <sup>(5)</sup>—«Confesadlo, pues; no habéis sido engañados. No os sorprendáis de lo que podrá sobrevenir; jamás seréis engañados.»

**4. La misión del Cristianismo.**—Esto era únicamente un preludeo, en comparación de los graves acontecimientos que iban á seguir. Su Maestro lo sabía bien, y, por

(1) Act. Ap., IX, 15.

(2) Joan., XVI, 7.

(3) Matth., XI, 19. Luc, VII, 35.

(4) Luc., XXII, 36, 37.

(5) Luc., X, 17.

cuanto ellos carecían de todo el conocimiento, les dijo que vencería al mundo, no por su sabiduría divina, no por los milagros, ni siquiera con el ejemplo de la santidad, sino solamente por la lucha hasta derramar sangre, por la muerte: «Y si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo.» <sup>(1)</sup> Y les predijo también que no vencerían por otros medios que por Él, su Maestro, <sup>(2)</sup> es decir, por la lucha, por la persecución.

Pero, aun cuando conociesen todo esto, y aun cuando el recuerdo de estas palabras hubiese podido fortificarlos en la fe, <sup>(3)</sup> dejaban traslucir al hombre, al punto mismo en que las cosas se ponían serias. Olvidaban lo que habían aprendido y visto en su primera escuela; olvidaban que no tenían algo de mejor en perspectiva. Mas esto era perdonable, porque la empresa que debían resolver era demasiado importante; la resistencia que su Maestro había despertado ya, era demasiado poderosa, y su situación demasiado seria, para que un hombre pudiese tener el derecho de censurarlos, porque ellos, huérfanos, sin guía, sin socorro, sin protección, sin consejo, huyesen por miedo á sus enemigos, cerrando las puertas tras de sí. <sup>(4)</sup> ¿Qué hombre se atrevería á afirmar de sí mismo que, en semejante situación, se hubiera conducido de otro modo? Y, si hubiese seguido otra conducta como hombre, ¿qué hubiera podido confiar á su poder humano, á su virtud humana? ¿Qué hubiera podido hacer, sino mostrarse completamente infiel á la causa que estaba obligado á sostener?

En su angustia, y aun podríamos decir en su desesperación, los discípulos del Maestro quizás hicieron más de lo que harían todos los que discuten esta materia. Como hombres, no hicieron más de lo que podían hacer.

Pero apenas fueron penetrados del poder de lo alto, <sup>(5)</sup>

(1) Joan., XII, 32; VIII, 28; XVIII, 32; Cf. Luc, XVIII, 32, IX, 44 y sig. Matth., XVII, 21; XVI, 21; XX, 18. Marc, VIII, 31; IX, 30; X, 33. Jerem., XXX, 21.

(2) Matth., X, 21 y sig. Joan., XV, 20 y sig.; XIII, 16. Luc, VI, 40.

(3) Joan., XVI, 1 y sig. (4) Joan., XX, 19, 36.

(5) Luc, XXIV, 49. Act. Ap., I, 4.

cuando se vió de lo que son capaces hombres, y hombres como los demás, tan pronto como un auxilio sobrenatural purifica y aumenta sus fuerzas naturales. Bastó que un instante les permitiese apenas hacerse cargo de su situación, para armar toda la tierra contra ellos; pero el desarrollo de todo este poder, no quebrantó su confianza.

Si hay algo capaz de excitar nuestra admiración, es ciertamente el asalto general que, en aquella época, dirigió contra esta pequeña tropa de hombres nuevos el orgulloso mundo. Siempre ha ocurrido lo mismo. Para que una potencia como el Imperio Romano, el cual, semejante á una inmensa boa, se había tendido á la larga, para reposar cómodamente, después de haber devorado á su último enemigo, y engullidose todos los pueblos de la tierra, se alzase de repente, y llenase el mundo de espanto, preciso era que un poder más fuerte que él quisiese dominarlo, que le amenazase un peligro terrible.

Pero ¿dónde estaba y quién era este adversario? ¿Cuál era su intención? En aquel mundo erizado de armas, vemos un puñado de pescadores, de esclavos y de mujeres. ¿Por ventura es esta la piedra que formará el alud con que el coloso de hierro teme ser aplastado? <sup>(1)</sup> ¿Por ventura teme Nerón verse obligado á descender del trono por ellos, por ellos, que serían los primeros en protegerle con peligro de su vida, si sus enemigos quisiesen destronarle? Sí, así es en realidad. Son un peligro, pero sólo porque no viven según el mundo. Sólo sus principios son ya la condenación del mundo. He aquí la razón por la cual su simple aspecto le es insoportable, y su vida es su muerte. <sup>(2)</sup> Por esto se les excluye de los beneficios de las leyes generales, y se les somete á leyes de excepción, <sup>(3)</sup> únicamente para que nadie pueda dudar que son precisamente aquel pueblo del cual se había dicho hacía ya mucho

(1) Dan., II, 34; 44, 45.

(2) Sap., II, 10 y sig.

(3) Basilius, *Hom. (5) in mart. Julittam*, 1 (II, 33 e). Justin., *Apol.*, I, 24. Athenagoras, *Legat.*, 1, 2. Tatian., *Adv. Græc.*, 27.

tiempo: «No son como los demás, son un pueblo que no se parece más que á sí mismo.» <sup>(1)</sup>

Jamás vió el mundo un contraste más extraño. Allí un poder tan grande y tan fuerte, que apenas puede soportarlo la tierra; aquí una sociedad pequeñísima, inofensiva, la cual, sin embargo, sin que ella misma lo sospeche, es un terror para el mundo, y llena el mundo, aunque no le dé ni siquiera un pequeño rincón para reposar, y le supera de un modo infinito, aunque ponga el pie sobre su cabeza para aplastarla.

Los miembros de esta pequeña sociedad se dispersaban entonces como lo hacen hoy, el uno para ganar su pan cotidiano, el otro con el azadón y el arado, en los campos. Aquí una joven, cuyos ayunos y vigiliias no han podido borrar de su rostro los rasgos de la belleza y de la nobleza de sangre, y que se aleja para recoger á los niños que los padres han abandonado, ó cuidar á los leprosos repugnantes y groseros. Allá un sacerdote del Señor, al que todos los insultos, todas las amenazas de prisión y muerte, no podrían impedir llevar la luz de la fe á los ignorantes, el consuelo de la esperanza á los desesperados, pan á los hambrientos, la reconciliación con Dios á los moribundos, y la vida en la muerte.

No es esta una sociedad que se haya separado del conjunto para trabajar en perjuicio de la humanidad, como lo son las sociedades secretas, <sup>(2)</sup> sino una sociedad sólidamente establecida y bien organizada. No conoce los fines ocultos; no anda por vías secretas, sino que vive y obra en pleno día. Todos son invitados á entrar en ella, y aun todos están obligados á ello. Sus miembros no se reconocen por signos sospechosos; al contrario, mientras que todo el mundo puede reconocerlos, con frecuencia pasan ellos el uno al lado del otro sin reconocerse; y si, por casualidad, se encuentran en la iglesia, ó en una obra de caridad cristiana, se muestran profundamente asombrados de haber-

(1) Num., XXIII, 9.

(2) Cf. Thucyd., 8, 54, 4.